



¿ES QUE NO ME CONOCES?

Ramiro Pérez Uceró

¿ES QUE NO ME CONOCES?



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ramiro Pèrez Ucero

© Lámina de portada: dibujo *The years of the spring* (Harry Clarke, 1920)

ISBN: 978-84-10400-46-7

ISBN digital: 978-84-10400-47-4

Depósito legal: M-20642-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres

Índice

INTRODUCCIÓN: Los Estanques del Patriarca.....	11
PARTE I: Una correspondencia.....	15
PARTE II: El peor policía del mundo, el policía con peor suerte.....	53
PARTE III: Diario de Juan Lablanca.....	117
PARTE IV: El camino se acaba.....	223
PARTE V: Foroagro.....	235
PARTE VI: El Valle de la Sangre.....	239
PARTE VII: ¿Es que no me conoces?.....	267
PARTE VIII: Nadie se quería ir a dormir.....	303
PARTE IX: Una carta sobre la mesa.....	347
Epílogo ... y el tonto sigue.....	355

INTRODUCCIÓN:

Los Estanques del Patriarca

Su novela preferida comenzaba así: «A la hora de más calor de una puesta de sol primaveral en los Estanques del Patriarca aparecieron dos ciudadanos...». Ahora él levantaba la vista hacia el cielo de mayo y la dejaba caer con fruición, a través de las aguas del estanque y de los arriates llenos de hojarasca, hasta el libro otra vez. Y, al levantar la vista de nuevo, todo era real.

Se llamaba Ezequías Pérez y había llegado a Moscú hacía apenas un día. Aún no había visitado el Kremlin ni la Plaza Roja; se había impuesto el compromiso romántico de acudir a los Estanques del Patriarca antes que a ningún otro sitio, y eso había hecho, a pesar de que su hotel quedaba realmente a desmano. Pensaba que tenía días de sobra por delante para ver lo más emblemático de la ciudad, pero ignoraba hasta qué punto estaba en un error.

A mil kilómetros de allí, en Soria, sus alumnos de bachillerato se las estarían apañando como pudieran con un profesor sustituto de Filosofía, mientras él violentaba su permiso de excedencia por baja psicológica, traspasando los límites, no solo de la provincia, sino de la Unión Europea. Lo pensaba y no podía evitar regocijarse.

Después de un buen rato de caminata en torno al lago, decidió entrar en algún sitio a tomar una cerveza y descubrió, en una esquina del parque, un bar que habían llamado Café de Margarita, de modo que allí fue, naturalmente, donde se metió. Pidió una

cerveza y el camarero le dijo que no, que era demasiado temprano para servirle alcohol; que debía esperar al menos hasta las ocho de la tarde. Le sorprendió —sin duda por el célebre prejuicio— ver los miramientos de un ruso ante el consumo de alcohol, y la dueña del establecimiento debió de notar su desconcierto desde detrás del mostrador y le dijo algo al camarero, que enseguida preguntó a Ezequías si su intención era continuar con vodka. Ezequías respondió que no, y al cabo de un rato, le trajeron una tetera de porcelana blanca y una taza sobre el platillo. El camarero, llevándose el índice a los labios, destapó la tetera y Ezequías vio el giste de la cerveza en el interior. «Así tendrá que ser», se dijo, sirviéndose una tacita.

Había dos parejas más de clientes en el local y todos ellos le daban la espalda. Su mirada se paseó con parsimonia por la habitación. Vio que el sitio estaba por completo decorado con loza rusa y libros viejos sobre los anaqueles de las paredes. Había también pequeños tiestos con plantas y un par de espeteras con cacharros de cobre y estaño, un gramófono sobre el mostrador... No vio la menor referencia a la novela que bautizaba el café, como no fueran dos marionetas vestidas de negro que tal vez representaran a sus protagonistas.

Apenas llevaba diez minutos allí sentado, concentrado en el picor del cansancio sobre las plantas de sus pies, cuando un mensajero con el casco de la motocicleta puesto entró en el bar y entregó a la propietaria un paquete certificado. La señora empezó a dar voces al instante y rápidamente se introdujo en la recámara del bar. Ezequías prestó atención al escándalo sin entender palabra y le resultó algo exagerado y cómico, pero, a tenor de las caras del resto de parroquianos, aquel suceso parecía no ser especialmente risible. Una de las parejas de clientes dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó con cautela. Si Ezequías hubiese seguido su ejemplo... Pero a qué darle vueltas a eso ya.

Ezequías continuó allí, vaciando poco a poco su tetera, y leyendo los maravillosos pasajes sobre el procurador de Jerusalén y el

aroma a esencia de rosas. Adentro, todo parecía haberse calmado. La propietaria, el camarero y un tercer hombre, al que aún no había visto, salieron de la recámara y se sentaron en silencio a una mesa, con una *tablet* y una pequeña libreta manuscrita.

El sonido de una voz robótica y desacompasada comenzó a oírse por el local y, para sorpresa del profesor, las palabras —al principio bárbaras y extrañas— fueron derivando progresivamente al español, y luego otra vez a lo que él suponía ruso... ¿O tal vez fuera inglés? En realidad, eran todos esos idiomas —quizá alguno más—, pero sonaban sin orden ni concierto, violentando las frases con hipérbatos y anacolutos intolerables. «*Niñic juana la bluanca*», hacían repetir una y otra vez a la máquina. «*Dorogoy yuriy, konets prishel*», se oía también, y los dueños del bar repetían: «*Dorogoy yuriy, dorogoy yuriy!*», o eso creía discernir Ezequías. De repente, una frase en castellano: «Haga con este periódico lo que crea conveniente y esté a gusto», y luego: «*Do with this newspaper what you think is convenient, and be alone*». Y el camarero más joven rezongaba y negaba con la cabeza, y los otros dos lo miraban, confusos. «*Kuznitsy*», empezaron a repetir después, señalando el cuaderno, y «*Chto takoye kuznitsa?*». Y la dueña les decía: «*Fraguas*».

En la mesa de al lado, los otros dos clientes: unos caballeros ciertamente reservados y hoscos prestaban una distraída atención a quienes así discutían; pero a Ezequías aquel jolgorio empezó a resultarle insufrible, y golpeó con un rublo su platillo de porcelana. El camarero se le acercó, mostrándole la cuantía de su consumición con los dedos de las manos. Al cobrarse, reparó en la guía de viajes que Ezequías había dejado sobre la mesa y, ejecutando con elegancia el arte de la sonrisa rusa, le preguntó a su cliente: «*Spanish?*».

Minutos después, tras un rudimentario diálogo en inglés, Ezequías se encontraba junto a la mesa de los propietarios, quienes le habían puesto en las manos aquella libreta que les resultaba indescifrable. Ezequías no la tuvo ante los ojos más de diez minutos, pero eso bastó para que se arrepintiera toda su vida.

Aquello era un diario —no un periódico, aclaró a los dueños, que asintieron conformes— que un tal Juan Lablanca había entregado a Yuri Vinográdov. «*Yuriy moy brat*», dijo el camarero sonriente: «*My brother*». Había también, dentro del libro, un hatillo de cartas que Juan Lablanca había escrito o recibido. El contenido del diario era confuso; parecía obra de un trastornado. Sin duda podría traducirlo al inglés, le dijo al camarero, pero necesitaría llevárselo al hotel aquella noche. Los dueños se levantaron entonces de sus sillas y, uno por uno, fueron dando la mano efusivamente a Ezequías. No era necesario que se tomara esas molestias. Le quitaron el libro de las manos y, a la fuerza, le colocaron en ellas el dinero de su cerveza. Después, permanecieron en solemne formación hasta que Ezequías traspasó el umbral de la cafetería.

La tarde comenzaba a oscurecer y el profesor de Filosofía consideró oportuno retirarse. Tras una hora de metro, llegó a su inmenso hotel del parque Yekaterininskiy, subió a su habitación de la octava planta, se desnudó y enseguida se metió en la cama.

Tal vez pasó dos horas sumido en una irritante duermevela. Afirmó siempre que no llegó a dormirse, pero eso no tiene ni pies ni cabeza. Tuvo que hacerlo al menos unos minutos. La conversación de la cafetería de Margarita se repetía en su cabeza, con descabelladas variantes.

Aproximadamente, a las doce y media se incorporó en la cama y creyó ver a sus pies una sombra ligeramente antropomórfica. Se asustó, sí; pero enseguida se convenció de que era una ilusión óptica. Sin embargo, el hombre que lo miraba desde la cama de al lado no era ninguna ilusión: era uno de los clientes que habían estado en el bar aquella tarde.

PARTE I:

Una correspondencia

Carta de Juan Lablanca al doctor Sebastián Carrillo
Finca Las Fraguas, La Aldehuela de Calatañazor,
Soria, 13 de diciembre

Estimado doctor Carrillo:

Me dirijo a usted a través del correo ordinario y de forma manuscrita con la esperanza de que esta carta merezca de usted un interés especial, que corresponda, siquiera un poco, a la desesperación que me lleva a escribirle. En cualquier caso, tampoco dispongo en este lugar dejado de Dios de los medios para enviarle alguno de esos tediosos correos electrónicos con que sus seguidores deben de abrumarlo y que resultan tan fáciles de ignorar.

Me llamo Juan Lablanca, y sería para mí un motivo de inmensa alegría que mi nombre significara algo para usted, o que aún estuviera tibio en su memoria, pues lo cierto es que los dos nos conocemos, y nos hemos estrechado las manos, y hasta hemos trabajado juntos. Durante algo más de dos años, fui redactor de *La línea de luz*, tanto en su versión televisiva como en la radiofónica. Precisamente por la radio, volví a escuchar su voz hace una semana, después de varios

meses sin tener noticias de usted (lo cual espero no se deba a ningún problema de salud), y sentí que acaso usted podría dar remedio, o al menos explicación, al suceso que me atormenta desde hace tiempo, demasiado ya.

No es grato para mí decir lo siguiente, pero debo hacerlo: usted es una de las pocas personas que conocí en la *Línea* que merecen mi sincero respeto profesional. Y para que vea usted que no hablo por hablar, sino con conocimiento de causa, y no me crea un miserable, un maledicente o un desagradecido, le diré que yo mismo me confieso como otro más de los cantamañanas que han transitado por la *Línea* sin despeinarse, tan caradura y tan fante como el que más, responsable de la mayor parte de los casos que se analizaron durante los años 2010 y 2011.

Recuerdo, por ejemplo, los sucesos del lagar de Ibdes y del Museo Etnográfico de Zaragoza, en los que usted participó con unas maneras elegantes, asépticas y honradas, tan distintas de las del resto de truhanes que andaban en el ajo. Personas como usted —pues asumo que no es el único justo en Sodoma— son muchas veces motivo de desdén y hasta de mofa dentro de algunos ámbitos de este mundillo. No sé si esta será la causa de que haya estado usted ausente de los medios durante tantos meses. Quiera Dios que no, y que nos guarde de un mundo donde la honradez deba pagar peaje en todas las fronteras, como decía Melville. Sepa que tiene todo mi crédito y mi respeto.

Ahora que me dispongo a exponerle mi problema, me doy cuenta de que una carta no puede ser el método mejor de referirlo. No quisiera por nada del mundo caer en el defecto que tanto me repugna y darle a mi relato un tono literario e impropio. Pero me temo que no me va a ser posible soslayar este inconveniente: en cuanto me ponga a escribir, narraré; y al narrar, inventaré, resumiré, omitiré, reordenaré los hechos, tal vez no pueda sustraerme de colar metáforas

perniciosas... Todo dará impresión de ser falso, y eso sería deleznable. Prefiero no escribirlo.

Si usted lo tiene a bien, yo le agradecería eternamente que me escribiera una carta con algún teléfono al que pudiera llamarlo. O si lo prefiere, puede usted llamar al número que al final de esta carta anotaré, donde le tomarán nota de lo que quiera usted decirme. Espero no resultar insufriblemente osado, pero comunicarme con usted de viva voz es la única forma que impide que mi historia se tiña con los colores de la literatura.

Si mi súplica no basta para moverlo a ayudarme, sepa que, simplemente por el interés profesional que encierran los acontecimientos que me atormentan, le satisfará a usted ponerse en contacto conmigo.

Sin más, le queda muy agradecido,

Juan Lablanca

Carta del doctor S. Carrillo al sr. Lablanca
Madrid, 16 de diciembre

Muy señor mío:

Tras leer la carta que usted me escribió el día 13 del corriente, he de confesar que quedé francamente intrigado por sus palabras y por el enigma que ocultó tras ellas. No le quepa duda de que le hubiera respondido con mayor presteza de no ser porque, por encima de la intriga que suscitó en mí —muy por encima, en realidad—, su carta me produjo una insoportable y nauseabunda sensación de ofensa. Dos veces

la leí, y después la arrojé a la papelera.

Si volví a recuperarla fue solo porque el agravio que usted les hacía a tantas personas que estimo no podía quedar en semejante oscuridad.

Confieso que no recordaba nada de usted: ni su nombre me era familiar ni lograba yo ponerle cara al pensar en los dos casos que usted menciona en su carta (el lagar de Ibdes y el Etnográfico de Zaragoza, de los que más tarde le diré unas cuantas cosas). Por eso —porque me resultaba usted tan antipático—, decidí asegurarme de que mi odio no corriera en dirección equivocada. Tuve en aquella época contacto y buenas relaciones con muchachos que participaron en los casos que me fueron asignados por Antonio Olarre, pero en la actualidad no recuerdo el nombre de la mayor parte de ellos.

Como comprenderá, no podía yo descansar pensando que quizá uno de esos mozalbetes que tan bien se portaron conmigo entonces era en realidad un fariseo, un sinvergüenza y un adulator: es decir, usted. Veía sus caras al cerrar los ojos y pensaba: «Ese chico asturiano tan simpático, o ese otro rubio que traía longaniza de su pueblo, o aquel otro tan tímido... ¿Quién de ellos era este Lablanca que me escribe ahora?». Así que recuperé su carta de la papelera para que esta duda no extendiera mi rencor sobre todos, como una gangrena.

Fui a ver a Olarre a la redacción de *La línea de luz* y dejé caer su nombre, sin referirme a su carta, por supuesto; sin mencionar que usted consideraba que aquel lugar era una cueva de ladrones; sin decirle a Olarre que para usted él no era más que un mal telepredicador; sin descubrir que urdía usted y falseaba los casos en los que trabajaba; sin revelar, en resumidas cuentas, que había estado usted estafando al programa durante más de dos años, y que tenía por seguro que allí todo el mundo hacía lo mismo.

Antonio sí lo recordaba, y ¿se imagina qué clase de cosas me dijo acerca de usted? Pues ni una sola maldad. ¿Qué le

parece? Solo alabanzas escuché de su boca, lo cual me hizo arder la sangre, como podrá imaginarse; pero aún decidí callar.

Me contó que había sido usted uno de los mejores redactores que habían pasado por el programa, que escribía francamente bien y que tenía muy buen olfato para discernir entre los casos que podían ser interesantes. Me dijo que había lamentado verdaderamente que usted decidiera dejar el trabajo y que ignoraba su actual paradero, aunque en alguna ocasión se había planteado la posibilidad de repescarlo. Me enseñó una fotografía de un muchacho delgado y paliducho, espigado, de negras guedejas que asoman bajo un gorro de lana, detenido frente a unas ruinas prerromanas —creo discernir las de Termancia—. Pero ni aun así lo he reconocido.

En definitiva, no sé quién es usted y, al parecer, tampoco Olarre supo quién era usted en realidad.

Después de esto, perdí cualquier interés en responderle. Poco me importa que se haya usted caído ahora del caballo camino de Damasco, o que se haya encontrado frente a frente con aquello de lo que usted lleva tanto tiempo burlándose. No sé qué diablos le habrá ocurrido, ni me interesa.

Sin embargo, me sabe mal reconocer que, desde hace un par de días, ha conseguido usted incomodarme otra vez con una nueva duda.

Mencionaba en su carta un par de casos que, según parece, salieron de su torva imaginación. El primero de ellos apenas me interesa: como bien dice, yo participé en el asunto de las psicofonías del lagar de Ibdes porque me pidieron que diera mi opinión sobre ellas. Siempre dije que podían ser auténticas, aunque nunca llegué a asegurarlo, y le manifesté a Olarre, en privado, que todo me hacía pensar que eran falsas o poco significativas.

Que usted me dijera ahora que tales grabaciones habían sido realizadas por usted no me sorprendería demasiado, por lo tanto.

Pero el otro asunto al que se refiere —el del Museo Etnográfico— sí me ha trastocado el ánimo, porque ese es un caso en el que yo me impliqué profundamente. Trabajé en él durante un par de meses, hice inspecciones puntillosas, recabé decenas de testimonios, sentí *cosas* mientras estaba en aquel lugar, y es una de las investigaciones a las que doy mayor valor de entre todas las que he realizado en mi vida. Usted dice ahora que todo era un montaje suyo. En realidad, no sé si lo dice o no, porque su carta no entra al detalle. Si usted lo dijera —sépallo bien—, yo lo rebatiría, porque estoy seguro de que es uno de los fenómenos paranormales mejor documentados de los últimos años. Estoy seguro de ello.

No obstante, lo conmino a que vuelva a escribirme y me explique todo lo que sabe sobre este asunto. Escríbame una carta y cuénteme, punto por punto, como si se tratara de una crónica periodística, lo que ocurrió en el Museo de Zaragoza. Así yo sabré qué sabe usted realmente del caso.

Cuéntelo todo a su modo, y yo sabré hasta dónde llega la verdad de sus afirmaciones.

Me resulta inverosímil pensar que hay una mente detrás de los sucesos del Etnográfico. Creo que se ha pasado usted de la raya, señor Lablanca. Es un arrogante; esa es mi opinión. No necesito realmente que me escriba, aunque me agradaría que lo hiciera tal como se lo pido.

Si usted en verdad necesita mi consejo para resolver el problema que lo aqueja, yo estoy dispuesto a escucharlo y a responderle; pero esta es la condición: explíqueme lo que sabe del caso del Etnográfico de Zaragoza y, si su relato me satisface, consideraré ayudarlo. Por supuesto, si lo pillo en un renuncio, esta será la última carta que reciba de mí.

Atentamente,

Sebastián Carrillo

De Juan Lablanca a Sebastián Carrillo
Finca Las Fraguas, Soria, 17 de diciembre

Estimado doctor Carrillo:

No alcanzaría usted a imaginarse el pesar que su carta me ha causado. El alivio que sentí al recibir el sobre — pues ya estaba perdiendo la esperanza de que usted me respondiera— se tornó inmediatamente en dolor.

No recuerdo mis palabras exactas, pero quizá me excedí en ellas.

No era mi intención categorizar como canallas a todas —ni aun siquiera a la mayoría— de las personas que trabajan en este ámbito de la ciencia. Mi deseo de colocarle a usted en el elevado puesto que creo que merece tal vez sumió excesivamente en el lodo a quienes no llegan a la suela de sus zapatos. Eso no quiere decir que todos los demás sean unos sinvergüenzas. Supongo que me expresé mal.

No obstante, querido doctor, hay sinvergüenzas en este oficio y, a juzgar por sus palabras, infiero que no sabe usted hasta qué punto los hay.

Por ejemplo, el propio Antonio Olarre, cuyas palabras me halagan profundamente, no es un sinvergüenza en puridad; no engaña a su audiencia con la intención premeditada de hacerlo. Y no es el único: hay muchos otros como él, y son por ello de lo mejor que uno puede echarse a la cara en este oficio. Y, sin embargo, Olarre engaña a su audiencia, y esto es como haber Dios, querido doctor. Porque todos los casos que aparecen en *La línea de luz* —todos y cada uno de ellos— son mentira; mentira que se crea, o mentira que se recrea; mentira que se diseña en una mesa de redacción, o mentira que se va elaborando a partir de la ausencia de mejores explicaciones.

Así pues, Antonio Olarre miente, aunque no quiera hacerlo. El hecho de que no quiera hacerlo lo exonera de ser un sinvergüenza. Hay muchos otros (parece que usted lo ignora) que no sienten ningún remordimiento en hacerlo. Sin embargo, al fin y a la postre, todos son unos embaucadores, y no he encontrado a lo largo de los años muchas personas que no lo sean: usted, y a lo sumo, tres o cuatro más.

Observe una cosa. Olarre y otros periodistas de lo sobrenatural, que, como él, compadecen a «esos pobres hombres que los critican, tan pagados de sí mismos y de la ciencia que se niegan a aceptar que en el mundo hay más cosas que las que el ser humano puede entender, etcétera», parecen no darse cuenta de que, en el fondo, ellos son también lo mismo que critican. Desde luego, hay en el mundo cosas que el ser humano no puede explicar, ni mediante la ciencia, ni mediante la lógica, ni mediante la psicología, ni mediante la filosofía... ¡pero tampoco a través de sus explicaciones fatuas! Cuando un fenómeno inexplicable trata de explicarse mediante una argumentación *sui generis*, paracientífica, se convierte inmediatamente en falso. Eso es lo que yo quería decir con que todo en la *Línea* es mentira. Sé que, llevando mi argumento más allá, incluso el telediario es mentira.

¡Vaya novedad! Yo me he encargado durante dos años de elaborar esas argumentaciones, o erigir los misterios que las suscitaban, que a veces eran misterios que partían de hechos insólitos que caían en mi conocimiento, y otras veces eran puros embelecocos que los redactores nos imaginábamos.

Espero no haberle faltado al respeto con ello.

Si usted merece mi absoluta estima es porque jamás ha incurrido en ese pecado de proponer interpretaciones posibles a lo que carece de explicación. Es usted un hombre honrado, que acepta el desconocimiento y no trata de maquillarlo con casuísticas esperpénticas. Eso es lo que quería decirle, pero ahora temo que cuanto más me disculpe, más me esté perjudicando.

Por lo que se refiere a los sucesos del Museo de Zaragoza, he de confesarle que me da la impresión de ir directo a una celada. Yo no quiero ofenderlo y no sé si usted quiere que lo acabe ofendiendo, y no sé, en definitiva, si puedo hilar tan fino como para salir indemne de esto. En realidad, no hay forma de que escape —seamos sinceros—, porque parece que tiene usted ese caso por tan cierto como el lucero del alba, y a mí me consta, por el contrario, que es una rotunda patraña.

Pero, puesto que usted me solicita que me ahorre mis valoraciones personales y le narre el caso como mero espectador, «como si se tratara de una crónica periodística», ahí va, dando cumplimiento a sus deseos. Espero que la memoria no me traicione.

En primavera del año 2009, uno de los vigilantes jurado del turno de noche encontró, en medio de una galería del Museo Etnográfico de Zaragoza, al compañero con quien trabajaba, tendido boca arriba, convulsionándose, en trance de muerte.

El vigilante, Andrés Salas, corre a atenderlo y ve en su rostro un rictus terrible de horror, y observa que su compañero hace esfuerzos vanos por hablar, aunque no con él, pues su mirada se halla perdida en algún lugar del cielorraso. No está ya oscuro; en la galería no solo alumbran las luces de emergencia, sino también los primeros rayos de sol.

Antes de que Salas pueda volver a incorporarse, su compañero expira. Salas corre entonces a la oficina de vigilancia y llama a emergencias. El resultado de la autopsia: fallo cardiovascular definitivo.

Pasados algunos meses, habiendo entrado yo en la redacción de la *Línea*, Salas se pone en contacto con nosotros. Sigue trabajando para la compañía de vigilancia, pero ha sido

trasladado de puesto —lo fue casi inmediatamente después de la tragedia—. Lleva un peso en su conciencia que necesita aliviar. Afirmo que el suceso que terminó con ese fatal desenlace no fue un hecho aislado ni mucho menos, y que episodios de parecida índole se habían sucedido de manera regular en el museo durante el año y medio en que él y su compañero (no recuerdo su apellido, pero creo que su nombre de pila era Ernesto) habían compartido el turno de noche.

Nos habla de acontecimientos como golpes en galerías que debieran estar vacías; movimientos de pequeños objetos, sin que con ello se disparasen las alarmas; funcionamiento inexplicable de los ascensores del museo, que, al parecer, ascendían o descendían de planta mientras ellos dos lo hacían por las escaleras.

Salas está convencido de que ninguno de esos fenómenos puede achacarse a la presencia de intrusos o animales en el museo, pues, cuando sale de allí el último visitante, ellos se encargan de cerrar todas las puertas de acceso y activar el sistema de alarmas, que funciona con sensores de movimiento que recogen cualquier anomalía que se produzca cerca de las paredes, más allá del cordón de seguridad. Existe un pequeño cuarto de control en la planta baja, con una radio y los aparatos de microfonía del museo, que carece de circuito de cámaras porque el museo no es muy grande ni sus objetos muy valiosos. El Museo Etnográfico consta de tres pisos de planta muy sencilla: un pasillo amplio en forma de L, más un sótano.

Los dos guardias pasan la mayor parte de la noche en el cuarto de control, excepto cuando les toca hacer la ronda horaria, que, en un principio hacían de forma alternativa, pero, después de varios sucesos inexplicables, empiezan a hacer de forma conjunta.

Salas nos dice que, hasta las Navidades de 2008, los hechos acaecidos en el museo, sin dejar de ser inquietantes,

no habían sido realmente graves; incluso él, hasta dicha fecha, no descartaba una explicación plenamente racional. Sin embargo, a partir de 2009, los fenómenos comienzan a ser ciertamente amenazadores y, al parecer, focalizan su acción sobre su compañero.

Por ejemplo, una mañana, cuando ya están dispuestos para retirarse a sus casas y hacer el cambio de guardia, se encuentran, atravesado frente a la puerta de salida, un arado de vertedera de trescientos kilos, que se había desplazado desde la pared sin hacer el menor ruido ni disparar las alarmas.

En otra ocasión, su compañero llega corriendo desalentado a la cabina de control y le explica algo terriblemente inquietante. Mientras hacía la ronda por uno de los pasillos —el del primer piso, creo—, ha escuchado un ruido tras él; se da la vuelta y no ve nada extraño: es una galería dedicada a pesos y medidas, que contiene artesas, básculas, romanas, recipientes de grano para medir fanegas, celemines, etcétera. Tras él no ve otra cosa que una gran espetera en la pared izquierda, donde cuelgan cacharros para tomar distintas medidas de capacidad, y dos artesas grandes en la pared derecha —de dos y cuatro fanegas respectivamente— llenas de grano a rebosar. Junto a ellas, a unos tres o cuatro metros de él, una gran piedra de moler.

Se da media vuelta y sigue caminando, pero, a los pocos pasos, un temor lo hace volverse. Observa que no hay nadie allí, pero la piedra de moler ya no está junto a las artesas de grano, sino que sigue estando a tres o cuatro metros de él, en idéntica posición, alzada junto al muro. El vigilante piensa que se trata de un error de su percepción: él ha pasado mil veces por el pasillo, y lo conoce de memoria. Sin embargo, tras avanzar otros cinco o seis pasos, torna a girarse y allí sigue la piedra de moler, a tres o cuatro metros de él. Ni siquiera ha hecho ruido al rodar, ni ha desplazado ni tirado

por el suelo otros objetos que estaban en su trayectoria.

El vigilante huye como alma que lleva el diablo y, a partir de ese día — nos cuenta Salas—, pide el traslado y se niega a ir a ningún lugar del museo si no es con su compañero.

Un mes antes de la muerte del vigilante, le acontece quizá el episodio más espeluznante. A medianoche, Salas abandona la garita de control porque tiene que subir a la planta superior, en la que se han abierto unas goteras que debe ojear cada cierto tiempo. Su compañero no está nervioso aquel día; le dice que vaya solo si no le importa, que él se queda en el cuarto de vigilancia. Salas se marcha, *walkie-talkie* en mano, y su compañero cierra la puerta de la garita y echa la llave.

En cuanto Salas llega al piso más alto, antes aun de poder observar las goteras, su compañero le habla por el *walkie*:

—Andrés, ¿estás abriendo la puerta? Tengo puesta la llave.

—¿Cómo dices?

—¿Estás intentando entrar? —le repite la voz del aparato—. No vas a poder: tengo puesta la llave por dentro.

—Yo estoy en la tercera planta, Ernesto —le contesta Salas.

El compañero entra en pánico:

—¡Andrés, están metiendo una llave por el otro lado de la cerradura!

Salas corre de vuelta a la garita, y mientras baja los tramos de escalera, escucha, efectivamente, el violento tintinear de un llavero y, después, fuertes golpes sobre una puerta. Cuando llega a la garita de control, no hay nadie allí, y tarda un par de minutos en convencer a su compañero de que le abra.

Aproximadamente, un mes después, durante el cambio de guardia — pues era ya de mañana, como he dicho—, se produce el fallecimiento del compañero. Salas no está solo

en el museo, afortunadamente, sino que ya han entrado los compañeros de relevo y las señoras de la limpieza.

Y eso fue todo. Salas accedió a contar su caso en antena en marzo de 2010. Dijo también que, a partir de aquel suceso, él había tratado de recabar información sobre hechos similares ocurridos en el museo, y los había encontrado a mansalva: de sus compañeros del turno de día, de los guías, de las señoras de la limpieza, del encargado de mantenimiento... Además, decía que el número de muertes por fallo cardiovascular que se habían producido dentro del museo era sensiblemente elevado, tanto entre trabajadores como entre visitantes, pero ahí las cifras le bailaban.

Y poco más hay que contar sobre el caso del Etnográfico de Zaragoza; al menos, que yo recuerde. Sé que no me ha pedido usted que entre a juzgar estos sucesos, y no voy a hacerlo, ni a arriesgarme a que mi pluma me juegue otra mala pasada.

Callo pues, y quedo en sus manos, esperando que mi relato lo haya satisfecho y tenga usted a bien el ofrecerme esa ayuda que me prometía.

Atentamente,

Juan Lablanca

De Sebastián Carrillo a Juan Lablanca

Madrid, 20 de diciembre

Señor Lablanca:

Observo que en su última carta trata de articular usted una disculpa por sus afirmaciones anteriores, que no sé si nace realmente de un sincero arrepentimiento. Me ha conmovido bastante —no se lo voy a negar— el saber que valora usted

mi opinión hasta el punto de hacerlo padecer. Eso no resulta agradable: es desmesurado y me obliga, como no puede ser de otra manera, a aceptar sus disculpas. Pero lo hago con matices, porque nos llama usted a todos (y yo me alinee con mis compañeros, faltaría más) mentirosos y embaucadores, y luego matiza usted diciendo que la mentira es un hecho consustancial a la narración: «Cuando se narra, se miente», parece decir. Es una disquisición sobre filosofía del lenguaje en la que no voy a entrar, pero no tengo claro —como le digo— si no es una argucia para tirar la piedra y esconder la mano; para llamarnos embusteros y luego afirmar que todo hombre lo es desde el preciso instante en que abre la boca.

Hay otras cosas de su carta que comparto: esa sanción a todo intento de explicar lo inexplicable. Yo, personalmente, estoy bastante satisfecho de no seguir aún en las cavernas. Da la impresión de ser usted un hombre obstinadamente polémico, e incluso gran conversador: un mentiroso, por lo tanto, según sus propios parámetros. Pero vayamos al asunto que nos interesa; por lo menos, a mí.

Sinceramente, he de decirle que esperaba algo más de su relato. Para ser usted el redactor que se ocupó de la noticia, entra muy poco al detalle en ese cúmulo de acontecimientos —llamémoslos «menores»— que precedieron a la muerte del vigilante, y nada de nada en los acontecimientos que ocurrieron después; aunque no lo culpo de esto último, pues la *Línea* cerró el caso en su punto climático, o sea, en la muerte del guarda.

No sé qué opinión le merece a usted el señor Andrés Salas. A mí me pareció un hombre absolutamente cabal, que se expresaba con un aplomo y una rotundidad admirables. Doy absoluta credibilidad a sus testimonios y, por eso, no comprendo cómo puede usted sostener que tras este caso haya algún tipo de manipulación o montaje; o que lo equipare al turbio asunto del lagar de Ibdes.

Salas no dice una sola falsedad al relatar los sucesos extraños que vivió junto a su compañero, ni tampoco cuando refiere los que le ocurrieron tras su muerte, aunque de estos últimos no habla usted en absoluto.

Tal como usted apunta, él comenzó a investigar por su cuenta: primero, entre sus compañeros de guardia y entre el resto de trabajadores del museo. Todos le refirieron hechos insólitos, aunque no de naturaleza tan extrema como los vividos por él mismo y su compañero. Se enteró de que cuatro trabajadores de la institución, sin contar a su colega, habían fallecido en los últimos diez años mientras desempeñaban sus labores, en similares circunstancias y por idéntica causa: fallo cardiovascular. Y desde 1998 seis visitantes habían tenido que ser trasladados al hospital Miguel Servet por motivos relacionados (dos de ellos fallecieron, de hecho). Eran todas personas de entre treinta y cincuenta años, sin patologías cardíacas reconocidas previamente —lo he investigado yo mismo—. De modo que ahí lo tiene: siete fallecidos por ataques fulminantes al corazón en diez años, en un museo que no es, ni mucho menos, visitado a millares. Muertos de terror. ¿Quiere explicarme cuántas probabilidades hay?

Yo pasé dos noches en el museo junto con Pedro Ochagavía —lo conocerá usted, me imagino— investigando el caso. Él realizó todo tipo de mediciones, a las que es muy dado: grabaciones psicofónicas, vídeos de infrarrojos, mediciones térmicas, etcétera. Creo que no obtuvo datos muy relevantes, salvo unos curiosos descensos térmicos de más de cinco grados en intervalos de doce minutos. Yo no creo demasiado en la validez de esos registros: no me ha parecido nunca que sean muy esclarecedores. Cuando me llaman y me preguntan sobre psicofonías o cualquier otra cosa, yo doy mi opinión, pero todos saben ya en la *Línea* que mi campo de actividad va por otros derroteros. Me dejó guiar mucho más por mis propias intuiciones y por los

testimonios de los protagonistas, a quien sé leer por dentro cuando refieren sus historias. A Salas lo creo.

No le importe, por tanto, la próxima vez que me escriba, explicarme por qué piensa usted que los sucesos del Etnográfico —que terminaron en una muerte trágica, recordémoslo— pueden ser falsos. Pierda usted el miedo a faltarme al respeto.

Atentamente,

S. Carrillo

De Juan Lablanca a Sebastián Carrillo
Finca Las Fraguas, 23 de diciembre

Estimado doctor Carrillo:

Vuelvo a pedirle disculpas si le irrita la forma en que me expreso. Muchas veces me han censurado el estilo —no solo cuando escribo, sino también cuando hablo—, y sé que soy dado al circunloquio y que tengo a veces aversión a llamar a las cosas por su nombre; porque no todas las cosas tienen nombre, y porque los nombres son unos y sus significados, infinitos: uno para cada cabeza. Por eso digo a veces que todo cuanto sale de la boca es mentira (aunque no fuera «mentira» la palabra apropiada, es la que prefiero yo usar).

Yo no afirmo que Andrés Salas mintiera. Es más, afirmo lo contrario: él pensaba, sin duda, que decía la verdad. El problema es que solo era la verdad para él: eso es lo que yo opino.

Cuando lo conocí, pese a ser, como usted dice, un hombre recio y vehemente, no estaba completamente en sus cabales, cosa razonable después de lo que había padecido. Pienso que fue su compañero, que en paz descansa, quien lo introdujo en un estado de sugestión parecido al que él mismo estaba experimentando.

Yo también pasé noches en el Etnográfico, y he de confesar que la atmósfera del lugar es sumamente lóbrega, con todos aquellos cacharros mohosos, las trébedes enhollinadas, los trillos desdentados, los arados romanos, las piedras de moler, que parecen mirarte con los ojos de otro tiempo... Es un lugar desapacible cuando se va el sol y dejan solo las luces de emergencia.

Creo sinceramente que el pobre guarda que falleció estaba impresionado por el lugar y, tal vez, por las historias que de él le habían contado; creo que contagió su miedo a su compañero, y creo que su corazón se fue deteriorando con las fantasías que él mismo introdujo en su mente.

Salas me contó muchos incidentes inquietantes que, desde las Navidades de 2008, vivían en el museo noche sí, noche también. Él los tenía asimilados como fenómenos inexplicables —de ahí su aplomo y su seguridad al narrarlos como hechos anómalos—, pero en realidad no eran tan anómalos ni tan inexplicables.

Es muy significativo que casi todas las experiencias que vivieron en el museo afectaran primordialmente a su compañero y no a él. De los diez o doce episodios que me contó, creo recordar que la mitad le había acontecido a su colega y que él solo tenía conocimiento de ellos de segunda mano. Los sucesos solían comenzar cuando ambos estaban separados, siempre en el lugar donde él no se hallaba; enseguida se reunía con su compañero y vivía los últimos coletazos del fenómeno, sin poder darle explicación. ¿Qué había pasado?; ¿quién estaba aporreando la puerta de la

garita?; ¿por qué lo seguía el ascensor piso por piso, y dónde estaba su colega mientras tanto?; ¿era realmente inexplicable que de repente oliera a canela; inexplicable por completo?; el arado estaba en mitad del pasillo, pero ¿cómo estaba tan seguro de que había ido a parar allí por sí solo?

Querido doctor, lamento decirle que no encontré en sus declaraciones ni un solo hecho que no pudiera tener una explicación racional; explicación que apuntaba, bajo mi juicio, siempre a su compañero. Y no estoy diciendo — Dios me libre— que su compañero fuera un embaucador —¿qué mejor prueba de que su comportamiento no era malintencionado que su propia muerte?—, pero sí creo que era él quien propiciaba todos aquellos acontecimientos.

Durante el tiempo que pasé en la *Línea*, llegaron a mis manos multitud de casos cuya explicación residía en el sujeto que más estaba padeciendo los fenómenos. Era él mismo quien de forma inconsciente los creaba en su imaginación, o los elaboraba en su memoria, o los ejecutaba en el mundo real. En su trastorno, se tendía trampas en las que después caía, estando ya en otro estado de consciencia.

Le voy a contar otro de los casos que más repercusión tuvo durante aquellos años en la redacción. Fue un suceso al que se dedicó íntegramente un programa de tres horas, porque la credibilidad del afectado estaba fuera de toda duda: era un policía nacional, o un guardia civil, que no ganaba nada exponiendo a cara descubierta lo que le había sucedido. Le cuento esta historia porque es, en apariencia, tan fiable como el caso del Etnográfico y, a la postre, tan falsa. Posiblemente usted la conoce.

En agosto de 2010 conocimos la historia de Vicente Morona, un policía nacional —creo recordar— que vivía en Algete, en la vega del Jarama, al sur de las estribaciones de la Sierra Norte de Madrid. Su experiencia le había ocurrido diez años antes: Olarre la conocía desde hacía tiempo, pero

Morona no se decidió a contarla públicamente hasta ese momento.

Sucedió que, una tarde de invierno, habiendo ya anochecido, regresaba él a su casa desde Guadalix de la Sierra, donde había estado visitando a su hermana. Antes de llegar a la autovía de Burgos, al tomar una curva cerrada, sintió un leve golpe en la chapa de la puerta del copiloto, y vislumbró brevemente una figura blanquecina a través de la ventanilla. Naturalmente, detuvo el coche en el exiguo arcén de la comarcal y salió del vehículo. A diez metros de él, observó la figura que había pasado fugazmente ante sus ojos. Se trataba de una mujer de apenas treinta años, de cabello claro, largo y ondulado; no muy alta; de proporciones normales y poco llamativas; de tez no más pálida que lo que cabría esperar; ataviada — y eso fue lo que lo desconcertó, pues hacía bastante frío— con un vestido ligero, sandalias en los pies y una mantilla de ganchillo sobre los hombros, blanca y liviana: un atuendo muy «hippie», decía Morona.

Se acercó a ella y le preguntó si estaba bien, a lo que ella respondió solamente con una mirada de incompreensión. Morona insistió en lo mismo; le preguntó si le había hecho daño, pero ella respondió que estaba bien. El policía no podía creerla: «Le he dado con el coche al pasar junto a usted —le dijo—. He sentido el golpe en la puerta». La mujer le repitió que no había recibido ningún golpe y que se encontraba bien. Tenía una lacónica manera de expresarse, pero Morona decía entre risas que había visto casos peores.

Lo cierto era que la muchacha no parecía estar herida, aunque sí aterida de frío, y Morona le preguntó si esperaba a alguien allí. Ella dijo que aguardaba el autobús para Manzanares el Real. Un tanto confuso, Morona miró a su alrededor y no fue capaz de ver marquesina alguna ni señal vertical que indicara que allí hubiera una parada de autobús, pero en lugar de hacérselo notar, se ofreció simplemente

a acercarla hasta Manzanares, aunque aquello variaba su ruta prevista. La muchacha aceptó y caminó tras él hasta su coche.

Vicente Morona no es un hombre especialmente locuaz, pero afirmaba que aquella mujer era el colmo del retraimiento. A sus comentarios respondía siempre con monosílabos, cuando respondía. Contaba que la frase más larga que logró obtener de ella no superó las veinte palabras: fue para decirle que no vivía exactamente en Manzanares, sino en el camping, y que su marido era feriante y se encontraba de viaje. A Morona le extrañó que el camping de Manzanares estuviera abierto en invierno, pero no dijo nada, y después de unas cuantas preguntas sin respuesta, decidió no decir nada de nada en lo que restaba de viaje; confesaba que se había sentido irritado por el comportamiento de la mujer.

Antes de llegar a Manzanares, Morona descolgó el teléfono de su coche (no se trataba de un móvil, sino de uno de esos viejos teléfonos fijos que se instalaban en los vehículos; un lujo en aquellos años), y llamó a su mujer para que no se alarmase si se retrasaba. Le contó lo que le había sucedido y le dijo que tendría que dar un rodeo antes de regresar a su casa. Después, siguió conduciendo otros diez minutos hasta que la mujer le dijo que se detuviese.

Morona miró a su alrededor y le advirtió que aún quedaban un par de kilómetros para llegar al camping, pero ella insistió en que se detuviera en un calvero de la cuneta; le dijo que llegaba antes si cruzaba el pinar que se abría a su derecha. Morona redujo la marcha y se internó en el claro al que la mujer se refería. Entonces, sin mediar palabra de agradecimiento, la muchacha salió del coche, cerró la puerta y comenzó a caminar hacia la línea de árboles. El policía pensó que quizá ella agradeciera un poco de luz para enfilar su camino, y puso las luces largas. La mujer se dio la vuelta lentamente hacia el coche y Morona observó, aterrado, que

donde debieran estar sus ojos solo había dos cuencas vacías, oscuras como la misma noche.

Lleno de espanto, dio marcha atrás e hizo a toda prisa la maniobra para regresar a la carretera, tan apresuradamente que golpeó el maletero de su coche contra el tocón de un pino. Al verse de nuevo en la calzada, se alejó a escape de aquel lugar y estuvo a punto de salirse de la pista en un par de ocasiones, así que tuvo la prudencia y la sangre fría de detener el vehículo y tratar de sosegar. Sintió la necesidad de hablar con su esposa y volvió a llamarla.

Cuando escuchó su voz al otro lado de la línea, sintió un inmenso alivio. Trató de explicarle lo que le había sucedido, pero se dio cuenta de que su mujer lo interrumpía constantemente cada vez que intentaba hablar. Medio minuto duró ese diálogo de besugos en el que uno trataba de expresarse y la otra se mostraba reticente. Al fin, Morona, muy alterado, le gritó un impropio y le dijo que por qué no lo dejaba hablar. Su mujer permaneció unos segundos en silencio y le dijo que hablase.

«¿Recuerdas que hace diez minutos te he dicho que había recogido a una chica...?», comenzó el policía, pero nuevamente la mujer lo interrumpió. «¡Vicente! —le decía—, ¡Vicente! ¡Es que no tiene ningún sentido!». «¡Claro que no! —respondió él—, pero ¿por qué lo dices tú? ¿Es que sabes algo?». «Lo único que yo sé es que me acabas de llamar diciéndome que recogías a una chica —empezó ella—. Después —prosiguió—, has colgado, y has vuelto a llamar. ¿Lo entiendes? Me has llamado hace un segundo, has colgado, y ahora me estás llamando otra vez». Morona no lo podía creer: él había llamado hacía diez minutos o un cuarto de hora —le dijo—, exactamente lo que le había costado llevar a la muchacha hasta el lindero del bosque. «Te digo que no —repetía su mujer—. Has llamado, hemos hablado, he colgado y, casi sin que me diera tiempo a retirar la mano del auricular, has vuelto a llamar».

Morona nunca comprendió lo que le había sucedido aquella noche. A la mañana siguiente, escrutó detenidamente su coche y encontró, efectivamente, una abolladura en el maletero, en el lugar —suponía— donde había recibido el golpe. Había un período de tiempo que, directamente, parecía no haber existido.

Olarre daba total credibilidad a este caso de encuentros en carretera, apoyándose —igual que usted con el caso del Etnográfico— en la seriedad y el aplomo del principal protagonista, que no podía obtener ningún rédito al contar aquella aventura, sino todo lo contrario: el desprestigio profesional, tal vez.

Por cumplir el expediente, Olarre consultó también con científicos (psiquiatras, esta vez), pues siempre se afana por que haya una versión positivista y «tradicional» en sus programas, lo cual le honra. Pero creo que nunca dio validez a las explicaciones de estos profesionales. Yo, en cambio, sí se la di; y, además, había ciertos detalles en la narración de Morona que jamás llegaron a cuadrar.

Para empezar, los psiquiatras le dijeron al policía que, en algunas situaciones de actividades repetitivas y monótonas, con pocos elementos en el entorno que resulten alternantes y diferenciadores —como puede ser el conducir de noche—, el cerebro puede entrar en una suerte de bucle, de manera que la mente experimenta una especie de dilatación. Muchos pensamientos pueden concurrir en apenas un segundo, tras el cual, a nosotros nos podría dar la impresión de que ha transcurrido mucho más tiempo. Yo mismo he experimentado esta sensación, querido doctor, y especialmente mientras conduzco; y no solo de noche, por cierto.

Morona rechazó de plano esta interpretación, no sé si por orgullo o porque la intensidad de la experiencia que vivió no podía conjugarse con un espejismo de su mente.

Sin embargo, en el curso de mi investigación, viajé con Morona al calvero donde él había dejado a la muchacha, y ¿adivina qué? No logramos encontrar aquel lugar a plena luz del día. Ningún sitio de esa carretera tenía la apariencia del escenario que Morona describía, y no había explicación —ni siquiera los años transcurridos— para que el paisaje se hubiese transformado de aquella manera. Morona se aferraba también a la abolladura del maletero, aunque en un efímero ataque de dudas, confesó que no podía estar al cien por cien seguro de que no la tuviera antes de aquella noche.

Olarre creyó siempre la versión del policía, y presentó la historia como verídica e inexplicable. Yo tengo para mí que es un caso semejante al del museo de Zaragoza, y a muchos otros. Naturalmente, los sucesos más atrayentes son aquellos que nos narran personas que no mienten, que creen decir la verdad. Pero eso no significa que, efectivamente, la estén diciendo, doctor. Usted ha debido de verse en circunstancias semejantes alguna vez.

Queda a su disposición, no sin antes volver a suplicarle que tenga la bondad de atender al terrible mal que le aqueja.

Juan Lablanca

De Sebastián Carrillo a Juan Lablanca
Madrid, 27 de diciembre

Señor Lablanca:

Vaya por delante que no estoy de acuerdo con usted en lo que se refiere a su versión de los hechos de Zaragoza. Sepa también que, efectivamente, yo conocía el caso de la

muchacha de Manzanares y que tampoco estoy de acuerdo con usted en ese punto.

Sinceramente, parece usted una persona extremadamente escéptica para haber desempeñado el cargo de redactor en un programa de tal índole. Tanto recelo ante estos fenómenos —si bien es una actitud positiva en la mayoría de los casos— no dice mucho de quien se ocupa de recabarlos, tamizarlos y presentarlos en un espacio radiofónico dedicado precisamente al misterio. Se diría que no cree usted en nada.

Me sigue resultando indignante que aceptara usted un empleo que despreciaba, pero supongo que, en lo tocante a esto, sería muy difícil encontrar al que le arrojara la primera piedra. Todos, en mayor o menor medida, nos hemos dedicado a trabajos humillantes y desabridos. De todas formas, espero que me aclare usted en sucesivas cartas — si es que nuestra correspondencia se prolonga— por qué insiste en decir que buena parte de la profesión es taimada y manipuladora. Evidentemente, imagino que no es usted una excepción, pero yo no tengo esa percepción acerca de mis colegas.

Por lo que toca a ese mal que lo atormenta, reconozco que ya ha picado mi curiosidad y que, además, se ha hecho merecedor de que yo cumpla la promesa que le hice. Sin embargo, tenga claro que todo el contacto que usted y yo mantengamos ha de seguir siendo epistolar, y que en ningún caso pienso llamarlo por teléfono o atender sus llamadas.

Nárreme usted su historia, procurando que sea lo menos «mentira» posible, y yo le responderé.

Atentamente,

S. Carrillo